

El viernes por la tarde, la patrona gritó, asomándose por la escalera:

—¡Ay, Dios mío de mi vida y de mi corazón! Muchacho, aquí hay dos hombres que quieren verte.

Por su modo de chillar supe que esos dos hombres no venían a interesarse por mi salud, ni para preguntarme si había tenido un buen viaje. Cogí mi maleta, que contenía ácido sulfúrico, clorato potásico, gelignita, detonadores eléctricos y de ignición y el resto de mi *atrezzo* de mago del Sinn Fein, y corrí hacia la ventana. Entonces entraron los dos hombres.

Uno joven, con una rubia cabeza de sajón y perfecto acento BBC, gritó:

—¡Vamos, atrapad a ese cabrón!

Cuando me tuvieron bien enganchado, el rubio me dio varios golpes en la cara, aunque no me hicieron demasiado daño. El otro hombre, algo mayor, con fuerte acento de Lancashire, le dijo que me dejara en paz y parara de hacer el gil_____. Otros dos o tres hombres habían entrado en la habitación, pero ése que parecía mayor era el sargento al cargo de la operación.

Sacó de la maleta un poco de clorato y de azúcar, lo puso en la chimenea vacía, y le prendió fuego con una cerilla. Saltó una llamarada, la habitación se llenó de humo, me hizo un gesto de asentimiento y yo hice lo mismo.

Cabeza de Sajón y otro, un tipo callado, me tenían cogido por los brazos.

—¿Llevas pistola, Paddy?¹ —preguntó el sargento.

—Si la hubiera llevado, no habrían entrado con tan jodida facilidad.

Me miró y suspiró, como si yo no hubiera dicho nada, o como si no me hubiera oído.

—Registradle —le dijo al hombre callado.

El Rubio empezó a registrarme violentamente.

—No, tú no —dijo el sargento—. Vereker.

Vereker me registró en silencio y con delicadeza, incluso por las costuras de mi bragueta.

1. Paddy: nombre despectivo con que los británicos se referían y dirigían a los irlandeses, debido a la profusión del nombre de Patrick (familiarmente Paddy) en Irlanda en honor a su patrón, San Patricio.

—Sube los brazos por encima de la cabeza. Adelanta esa pierna. Gracias.

De un bolsillo interior sacó mi dinero, un permiso de viaje falsificado, y una carta que resultó estar escrita en irlandés. Era de un chico de Dublín que estaba enfermo y tenía que guardar cama, y quería que fuera a verle. Era un cabrón aburrido, usara el idioma que usara, y a mí, que era un chaval efusivo y amable, me ponía nervioso la idea de ir a verle y a la vez me avergonzaba la de evitarle. Ahora tendría la excusa perfecta para no visitarlo durante algún tiempo.

El Rubio inspeccionó la carta en gaélico por encima del hombro de Vereker. Asqueado, se giró hacia mí y gritó:

—¡Maldito hijo de puta!, ¿cómo te sentaría ver a una mujer cortada en dos por el cristal de una ventana?

Le habría contestado en los mismos términos: el Domingo Sangriento, cuando los *Black and Tans*² masacraron a los espectadores de un partido de fútbol; la matanza de Cork; Balbriggan; Amritstar; los bombardeos de la RAF en las aldeas indias. Esperaba algo así, y se me vino todo a la cabeza. Pero el sargento me dijo en tono conciliador:

—Bueno, Paddy, se ha amontonado un grupo de gente ahí fuera y no creo que alberguen muy buenas intencio-

2 *Black and Tans*: Fuerza de Reserva del Real Cuerpo de Policía Irlandesa al servicio de las autoridades británicas, llamados así por los colores de su uniforme (negro y canela). A menudo sus ataques se producían contra la población civil.

nes hacia ti —soltó una risita—. Pero no les hagas caso. Conseguiremos llevarte al Tribunal sano y salvo.

Vereker me soltó el brazo y miró por la ventana.

—La policía uniformada los está disolviendo.

El sargento ordenó al Rubio que me soltara.

—Vamos a sentarnos aquí un ratito —dijo, sentándose en la cama y soltando una especie de gruñido. Me indicó un sitio en la cama, y me acerqué y me senté junto a él.

—Ojalá Dios me concediera tener tu edad, Paddy, tendría mejores cosas que hacer que ir poniendo bombas por ahí. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis. Cumplo diecisiete en febrero.

—Así que te han enviado aquí, pequeño imbécil, mientras los peces gordos están en América, soltando discursos, sacando tajada y viviendo a todo tren.

Sean Russell, jefe de comandos del IRA, estaba en los Estados Unidos.

Vereker me ofreció un cigarrillo.

—Quizá le apetezca más uno de los suyos. Devuélveselos. Ya se los quitarán dentro de nada en la penitenciaría de Bridewell.

Encendió su pipa y Vereker y yo fumamos cigarrillos. El Rubio permanecía de pie sin fumar ni decir nada.

El sargento señaló mi maleta con su pipa.

—Sois una panda de bobos, al apencar con esto. Ni siquiera sabéis bien por qué demonios lo hacéis. Se supone que es por la División. Por los Seis Condados. Bien,

pues he interrogado a un montón de camaradas tuyos, y que Dios ciegue al viejo Reilly si uno de ellos fue capaz siquiera de decir sus puñeteros nombres. No se sabían los seis. Vamos, dímelos tú ahora. Los nombres de los seis condados, quiero decir.

—Antrim, Armagh... —empecé.

El sargento iba contando con los dedos:

—Bien, ya tienes dos.

—...Down, Derry, Fermanagh... y...

—Bien, tienes cinco. Vamos, el último...

—...Down, Derry, Fermanagh... y...

—¿Lo ves, Paddy, qué te dije? — y movió la cabeza con aire de triunfo.

Yo no había dicho Tyrone a propósito, porque el hombre me había caído bien.

Un rato después Vereker volvió a mirar por la ventana y dijo que podíamos irnos, que ya no había tanta gente delante de la casa.

El sargento me desabrochó los botones de los pantalones, y me los fui sujetando con las manos en los bolsillos mientras bajaba las escaleras.

Fuera, cuando nos metíamos en el coche, algunos gritaban:

—¡Colgad a ese cabrón! ¡Irlandés de mierda!

Era un distrito protestante, pero creo que algunos eran irlandeses de Liverpool que querían expresar su solidaridad con los lealistas.

En el coche el sargento dijo:

—A esa casera tuya no le va a quedar una ventana entera esta noche. Y hasta puede que pateen a su inquilino.

Esa era la menor de mis preocupaciones. Mi casera era una mala mujer de las Midlands, aunque no quiero decir que fuera mala por ser de las Midlands; allí hay buena gente, como en todas las partes del mundo, pero si algún londinense o algún tailandés son malos o decentes, serán malos o decentes al modo londinense o al tailandés.

Esta señora era una tacaña, y más seca que un páramo. Las ventanas rotas serían un castigo por la margarina y las salchichas cutres con las que me envenenaba, pues sólo era generosa con lo barato, poniendo el pestillo a la puerta de la sala por la noche y arrodillándose para rezar el rosario con su inquilino y con su hermana, que siempre añadía tres avemarías por su pureza y la protección de su persona y su modestia, así que casi se podría uno imaginar que la mitad de los hombres de Liverpool andaban detrás de ella deseando meter la lengua entre esos grandes dientes de conejo.

El inquilino era un idiota grandullón del pueblo de al lado. Después de las plegarias por la pureza, añadía una propia: que Dios le concediera fuerza y perseverancia para abstenerse de beber alcohol y para mortificar su apetito, tan desmesurado que era un insulto a su amado Corazón de Jesús, y para combatirlo consumía, siempre en pequeñas cantidades, inocentes bebidas refrescantes como té, limonada, cerveza sin alcohol, gaseosa de jengibre y cacao.

El inquilino tenía que rezar esto cada noche, pues era miembro de la cofradía de la Sagrada Sed, y asistía a las

reuniones del viernes por la tarde, inmediatamente después de salir de Correos e ingresar su dinero en la Caja de Ahorros. Pero la casera nos dijo que no había mal alguno en que lo acompañásemos en su plegaria.

Detrás de la puerta del vestíbulo había un cuadro del Sagrado Corazón que decía: “Dios está aquí. Mantente firme”.

—Sí... —dijo el sargento—, no me extrañaría nada que le destrozaran la casa.

Me condujeron a los cuarteles del CID (Departamento de Investigación Criminal) en Lime Street. Siguiendo las instrucciones que tenía, me negué a responder a sus preguntas, pero accedí a redactar una declaración con miras a hacer propaganda para la causa. En casa también les gustaría. A menudo leía las declaraciones pronunciadas desde el banquillo de los acusados, y tenía en alta estima a aquellos hombres valientes y desafiantes que lo hacían tan lejos de sus amigos y seres queridos.

—Mi nombre es Brendan Behan. He venido a luchar por la República de los Trabajadores y los Pequeños Granjeros Irlandeses, por una vida libre y plena, por mis compatriotas del norte y del sur, y por el fin de la funesta influencia del imperialismo británico en los asuntos irlandeses. Dios salve a Irlanda.

—Eh, ¿qué es eso que pone ahí de los “pequeños granjeros”? Es tu declaración, Paddy, y puedes poner lo que te salga de las narices, pero yo nunca he visto un granjero

pequeño, ni inglés ni irlandés; son todos unos tipos grandes, con cuello de toro, de tanto alimentarse bien y de tanto tomar sidra.

La sección izquierdista del movimiento estaría encantada, y los otros, los meapilas, no podrían decir nada en mi contra, porque yo era un buen voluntario, capturado cuando llevaba la lucha a las mismas puertas de Inglaterra... pero se tirarían de los pelos de rabia y se volverían contra mí si yo daba la impresión de que el IRA era comunista.

Lo de “Dios salve a Irlanda” me hizo sentir casi como los Mártires de Manchester, ahorcados entre los gritos eufóricos de cincuenta mil defensores del juego limpio, mientras cantaban con su último suspiro:

*Dios salve a Irlanda, gritaron los héroes,
Dios salve a Irlanda, gritamos todos,
Ya vayamos a morir en el cadalso
O en el campo de batalla
Lo que importa es que caemos por Irlanda.*

El Rubio cogió mi declaración y me lanzó una mirada cargada de toda la ferocidad que fue capaz de reunir. Le devolví la mirada, y él volvió la vista de nuevo a mi declaración.

*Aun cercados por crueles enemigos
Orgullosamente se alzó su valentía*

*Mientras pensaban en los que cerca o lejos les querían,
En los millones de hombres sinceros y valientes,
Sobre las olas del mar tempestuoso
Y nuestros amigos de la Santa Irlanda, tan querida...*

En casa todos dirían al leer los periódicos, “Vaya, Dios ayude al pobre Brendan, ¡pero si no hace ni una semana que estuve hablando con él...!”, o “Vaya por Dios, a pesar de todo era un buen chico, y sólo tiene dieciséis años”.

Y Shiela iba a lamentar no haberme dejado meterle mano aquella noche junto al canal.

Su primo había sido condenado a quince años bajo un nombre ficticio en Inglaterra, y Shiela me estaba acompañando a casa de la madre del chico para que yo le diera la noticia. Cuando la acorralé contra un poste de telégrafo a la orilla del canal, Shiela me dijo que debería avergonzarme de mí mismo, y aún más siendo yo voluntario, y especialmente en un momento como aquél.

Me pusieron delante mi declaración, y la firmé, mientras volvían a hacerme preguntas que me negué a contestar.

Me sorprendí un poco al oír al inspector jefe una referencia al “jo_____ Roger Casement”, pues en casa teníamos a Casement por un santo republicano; de hecho, Rory, mi hermano mayor, se llama así en su honor.

Me trajeron té. Vereker me dijo que yo era un chaval culto, y que él mismo se presentaba a los concursos de *John O’London’s Weekly*, la famosa revista.

—Bueno, Paddy —dijo el sargento—, ahora vamos a encerrarte en los calabozos de Dale Street. No va a ser muy acogedor, pero vas a ir al juzgado el lunes por la mañana y lo más seguro es que te transfieran a Walton esa misma tarde. Allí tendrás una cama como es debido, con sábanas y todo. Vamos, hijo.

Dale Street no era agradable. El sargento de la comisaría era una bestia ignorante; me quitó el tabaco y las cerillas, y me dijo que esperaba que me cayeran veinte años.

El sargento y Vereker me dijeron adiós con la mano deseándome las buenas noches desde la sala de recepción, y los miré por última vez antes de que me llevaran por un pasillo oscuro y me hicieran bajar por una escalera, hasta que nos detuvimos ante una puerta cerrada.

Un policía preguntó:

—¿Ésta servirá, sargento?

—Sí, encierra ahí a ese cabrón. Y espero que se ahogue durante la jo _____ noche.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Eh, no tan rápido! Quítate los putos zapatos.

Creí que me iban a pegar y que me querían descalzo para que tuviera menos capacidad de defenderme.

—¡Vamos, fuera esos zapatos!

Me incliné despacio, con la espalda hacia la puerta, y desaté los cordones.

—Vamos, date prisa. No tenemos toda la noche, irlandés de mierda.

Me quité los zapatos y los dejé junto a la puerta.

—Ahora fuera la chaqueta; quítate los tirantes y dámelos. Se los di.

—Podrías querer colgarte durante la noche, aunque no se perdería gran cosa. Ahora métete en esa celda y si te oigo rechistar durante la noche bajaremos a matarte.

Entré en la celda, sujetándome los pantalones y con la chaqueta bajo el brazo, arrastrando los pies despacio.

—¡Vamos, entra ahí antes de que te dé una patada en el culo!

Cerraron de un portazo y subieron, con las llaves tintineando en la distancia. Miré a mi alrededor. Hormigón desnudo en suelo y paredes; la puerta era una única pieza enorme de madera y acero; la ventana estaba muy alta, pero bajo el nivel de la calle, y daba a otra pared; una simple bombilla colgaba sobre la puerta, brillando a través de una protección de alambre. La cama era un banco de madera con una almohada del mismo material, pero había tres mantas.

Me tumbé y me envolví en las mantas, pero lo de la almohada era demasiado. Me di la vuelta, poniendo los pies en la almohada y la cabeza encima de mi chaqueta, pero la almohada era demasiado dura para mis pies, y me molestaba en los tobillos si los mantenía encima. Luego quise usar el retrete, que estaba en una esquina de la celda. Allí me situé, de pie, con los dedos de los pies sobre el frío suelo de cemento. Mientras estaba esperando sobre el retrete, oí la campana de una iglesia repicar en la

noche helada, en otra parte de la ciudad. Un sonido frío y solitario, el sonido más inhóspito que pueda ofender el oído de un hombre, si es que se puede expresar así. Hacía que la desgracia diese las horas.

Volví a mi banco, me hice un ovillo para que los pies no chocaran con la almohada, con cierta comodidad, y fui consciente de mi terrible destino. Aunque sólo me cayeran unos años debido a mi edad, para mí serían una eternidad. Era incluso posible que no llegara nunca el lunes, día en el que al menos podría subir aquellas escaleras. No había reloj que midiese el tiempo entre ese momento y el lunes por la mañana. Era como lo que nos decían sobre el Día del Juicio: “Hay tiempo, hubo tiempo, ya no hay tiempo”. Dios mío, y eso ahora, que sólo llevaba encerrado diez minutos.

Dediqué mis pensamientos a otras cosas, que era lo mínimo y lo último que se podía permitir un hombre en mis condiciones.

Luego me acomodé mejor y me pregunté si alguno de los otros lo habría conseguido en esa misma postura. No quería llamarles por su nombre, ni siquiera en mi mente. Algunos habían salido de la celda para ir a la horca o al pelotón de fusilamiento. Algo más cansado por el ejercicio mental, me quedé dormido.

Al despertar noté la dureza de mi lugar de descanso. No me pregunté dónde estaba: lo sabía muy bien. Miré la luz gris a través de los barrotes y lo recordé mejor. Despertar en una celda por primera vez es como un dolor sordo que

te entumece. Me consolé comparándolo con el tremendo horror, perplejidad e indignación de un reo que despierta la mañana de su ejecución.

Me quedé tumbado un rato, preguntándome si me llevarían al juzgado aquella mañana; quizá me trasladarían a la cárcel por la tarde.

Oí tintineo de llaves y ruido de portazos. Tenía la esperanza de que abrieran mi puerta. Aunque no estuvieran repartiendo nada mejor que golpes y patadas, prefería eso antes de que me dejaran allí olvidado, en mi frío sudario de soledad. Luchar es mejor que estar solo.

Alguien venía en dirección a mi celda. Ya estaba al otro lado de la puerta, espiando por la mirilla. Vamos, conozco tu modo de llamar. Por Dios, tío, no te vayas sin decir nada, ten corazón.

Giró la llave, y de pie junto a la puerta abierta, dijo:

—Vamos, fuera. Baja a lavarte. Date prisa.

Era un hombre grandullón y afable, aparentemente despreocupado.

—No puedes tener las manos quietas, ¿eh? ¿Qué has birlado esta vez?

—No he birlado nada.

Reparó en mi acento, y su voz perdió toda amabilidad.

—Ah, tú eres el cabrón del IRA que pillaron anoche en Everton —se arrepentía de su cordialidad anterior—. Ibas a poner bombas en los nuevos barcos de la armada en los astilleros de Cammell Lairds, ¿no? —y gritó en el pasillo—, ¡Larry, ven a ver a tu maldito paisano!

Se acercó otro policía y se detuvo junto a la puerta. Un hombre ya mayor con el labio superior largo, muy irlandés.

Exclamó al momento:

—Bien sabe Dios que no os liquidamos ni a la mitad de los que debíamos durante los Disturbios.

Tenía un fuerte acento de Munster, mezclado con acento inglés. Probablemente había ayudado a los *Black and Tans* a cargarse gente durante los Disturbios, y desde entonces tenía miedo de quedarse en su país o de acercarse a él siquiera. Bien, ya lo había calado.

Sujetándome los pantalones, le dije.

—Yo no había nacido cuando los Disturbios.

Forzó la voz en falsete con una risa histérica o rabiosa.

—Pero yo me llevé suficientes por delante, y en cuanto a ti, cerdo asqueroso, sabría muy bien qué hacer contigo.

Le miré a la cara, roja y brillante, y esta vez exclamé yo:

—Bien sabe Dios que te echaron de allí a patadas. Aún no has dejado de correr.

—¡Por Cristo Bendito...! —rugió, intentando darme un puñetazo.

El guardián inglés intervino:

—Vamos, Larry, no te cabrees por este asqueroso ca_____ . No vale la pena ni darle una patada en el culo.

Se volvió hacia mí, severo e indignado:

—Ve a los lavabos y lávate ese asqueroso cuello.

Supongo que por consideración al otro omitió las consabidas bromas sobre la suciedad de los irlandeses.

Bajé a los lavabos, si no de buen humor, sí al menos sintiéndome más vital.

Había cuatro lavabos, todos ocupados. Un hombre muy viejo, o muy acabado, sustituía el papel marrón que tenía metido dentro de la camisa, mientras que un joven con un traje verde botella y una estúpida mirada de soberbia supervisaba sus uñas. Había un chaval con uniforme de marinero, algo mayor que yo, pero más delgado. Ocupé mi puesto detrás de él, admirando inocentemente la parte de atrás de su cuello.

El carcelero estaba en el pasillo, dando palique a modo de consuelo al policía irlandés.

El marinero se dio la vuelta; tenía el pelo castaño y unas largas pestañas oscuras. Se frotó la barbilla y sonrió.

—No me vendría mal un afeitado, amigo —dijo dándose importancia—. Ya llevo aquí tres días, y no hay manera de que nos dejen tener una puñetera cuchilla.

—Yo llegué anoche, no está tan mal —dije yo, frotándome la barbilla. Sólo me había afeitado cuatro veces en mi vida.

—¿Irlandés?

Asentí con la cabeza.

—Vaya, hay un montón de irlandeses por aquí. Iban al colegio católico y todo. Antes solíamos cantar canciones irlandesas. Entre nosotros —bajó el tono de voz—, no me gustan nada estos tipos de Lancashire, al menos a mí. Un montón de paletos de mierda. Yo soy de Croydon. ¿Sabes dónde está, Paddy?

—Claro que sí. En Londres, cerca del aeropuerto.

—Eso es. Un sitio cojonudo, Croydon, no como este agujero. Me trajeron aquí por un par de robos. Aquí y en Manchester, otro puto cementerio; pero allí también se pueden dar bien los robos. ¿Tú por qué estás aquí, Paddy? ¿Peleas de borrachos o algo así?

—No, me han trincado por ser del IRA. Explosivos.

—¿Que estás...?

—Sí, eso es.

—¿En serio?

—En serio.

—Coño, pues se te puede caer el pelo por eso —no había hostilidad en su voz, sino casi preocupación—. Arréglame la camiseta, ¿quieres, Pad? Empújala un poco para abajo.

Se giró, y le empujé hacia abajo un par de centímetros de camiseta que se veía por encima de su camisa.

—Tienes un poco de jabón detrás de la oreja.

Me pasó una toalla y le limpié con cuidado por detrás de las orejas.

—Gracias, Paddy.

Los otros tres ya habían terminado y estaban fumando. El viejo sujetaba una colilla justo delante de la nariz, mirando fijamente el humo. El carcelero hizo bajar a tres más. No parecía importarle el humo y lo comenté con el marinero.

—A él le importa un carajo —dijo—, aquí puedes fumar como un carretero si tienes tabaco o dinero para

pagarlo. Puedes comprar manduca: desayuno, comida, cena, chocolate... Cualquier puñetera cosa; excepto alcohol o una tía, supongo.

—A mí me quitaron el tabaco y las cerillas.

—Ah, bueno, Pad —dijo muy serio—, puede que para ti sea distinto por ser del IRA y eso. Es como alta traición, ¿no? —y continuó alegremente— Pero que les den por cu_____ a todos, colega, puedes llevarte del mío.

Me aparté del lavabo, protestando.

—Que sí, por mis cojones que te lo llevas. Llévate tres pitillos, una caja de cerillas y un paquete de chicles. Tengo un montón. ¿Tienes algo para leer?

—No, no tengo nada.

—Pues toma el *News of the World* de la semana pasada —se lo sacó del bolsillo—. Aunque quizá ya lo hayas leído.

Le dije que aquél no lo había leído. No había leído el *News of the World* en mi vida; estaba prohibido en Irlanda desde que yo tenía cuatro años, y sólo llevaba cuarenta y ocho horas fuera de allí. Le di las gracias otra vez, y me giré para terminar de lavarme.

—Tienes las manos mojadas, Paddy. Ya te lo meto yo en el bolsillo.

Me di el último aclarado, inclinado sobre el lavabo. Él metió la mano en mi bolsillo.

—Este no vale, Paddy, tiene un agujero.

Probó el del otro lado.

—Ese está mejor. Te meto ahí el tabaco, las cerillas y los chicles.